

18+

GENNADIY LOGINOV

DOMAR EL PIANO

COLECCIÓN
VANGUARDISTA



Gennadiy Loginov
Domar el piano.
Colección vanguardista

http://www.litres.ru/pages/biblio_book/?art=55346517

ISBN 9785449886934

Аннотация

¿Qué es el inversionismo? En términos simples, es una inversión de los ideales, retroceder desde el borde del acantilado. No se trata de una repetición ordinaria de las viejas formas, sino de volver actualizado. Es un intento de volver el mundo invertido. Es la vanguardia sin provocación y trucos escandalosos. Es arte, experimental en su forma pero tradicional en el sentido más noble de la palabra, ya que su objetivo es llegar a las mentes y los corazones para mejorar el mundo un poco.

Содержание

Domar el piano

5

Конец ознакомительного фрагмента.

17

Domar el piano

Colección vanguardista

Gennadiy Loginov

Translator Pablo Martinez

© Gennadiy Loginov, 2020

© Pablo Martinez, translation, 2020

ISBN 978-5-4498-8693-4

Created with Ridero smart publishing system

Domar el piano

Hay otro mundo, pero está en este.
Paul Éluard

Desde que tenía memoria, la buena suerte siempre le había favorecido. La moneda lanzada para resolver una diferencia caía invariablemente sobre el canto, y siempre sacaba seis en los dados. Los jugadores honrados perdían constantemente con sus cartas, y los tramposos y estafadores eran descubiertos de inmediato. Podía encontrar joyas, paseando por las calles de la ciudad por la noche. Y numerosos parientes lejanos y amigos de parientes, a los que nunca había conocido o había olvidado desde su infancia, le dejaban herencias generosas sin cesar.

Pero esto no le traía alegría y felicidad, sino todo lo contrario. Durante mucho tiempo se le había negado la entrada a las casas de juego. Entre los jugadores honrados, hacía tiempo que había adquirido la reputación de un notorio estafador y un sinvergüenza. Los verdaderos estafadores, que le guardaban rencor, intentaban repetidamente saldar cuentas con él, y fue sólo por la misma notoria suerte, que sus planes nunca llegaron a nada. Todas las joyas que hallaba resultaban ser robadas. Y los parientes de personas que fallecían prematuramente y que, sin razón aparente, le cedían sus bienes inmuebles y personales

en presencia de candidatos más dignos, sospechaban que era un hechicero, o si no un estafador.

Fácilmente adquiría nuevas conexiones y obtenía puestos lucrativos, pero pronto los perdía con la misma facilidad, porque, al conocer su reputación, los nuevos conocidos ya no querían tratar con un personaje tan turbio y no querían mantener el servicio de una persona con los dedos tan ligeros.

De hecho, la mayoría de los que lo llamaban, con la convicción inquebrantable de que era un sinvergüenza y un bastardo, se ajustaban mucho mejor a sus definiciones. Este don (o, quizás, maldición) fue heredado de su padre, y él, a su vez, lo heredó de su padre, y es muy posible que la cadena se extendiera aún más.

De todos modos, la buena fortuna imaginaria trajo a Suertudo (como así se llamaba sarcásticamente a sí mismo) sólo miseria y sufrimiento. Y de ninguna forma pudo oponerse a este nefasto destino. Aunque, tal vez, era sólo una prueba enviada por Dios.

Sólo podía recordar un incidente de su infancia cuando aparentemente tuvo mala suerte en un asunto que le era muy querido: también era una forma de jugar, no con cartas, sino con un instrumento. En aquel momento, la tapa del piano se cayó y le golpeó con fuerza en los dedos, desanimando el deseo incipiente de convertirse en un músico sobresaliente. Con el

tiempo, la flexibilidad inicial de los dedos y sus habilidades se habían recuperado, pero la esperanza de establecerse en este campo se había extinguido de alguna manera.

Más tarde, se dirigió a la guerra, donde fue invencible ya fuera contra una bayoneta o una bala enemiga; recibió muchas condecoraciones y medallas, pero no pudo hacer carrera militar debido a otro escándalo relacionado con los juegos de azar. Por supuesto, todo el mundo estaba entusiasmado con el juego de cartas, pero fue su “suerte” la que lo arrastró a tales conflictos. Teniendo en cuenta sus méritos pasados, no lo castigaron severamente sino que lo obligaron a dejar el servicio militar. Sin embargo, cumplió completamente con su deber para con el ejército.

Al principio, intentó ahorcarse, la cuerda se rompió y se lastimó al caer al suelo. Entonces quiso dispararse a sí mismo: en el primer intento, el arma falló, y en el segundo se disparó por el revés, hiriéndose la mano. Luego saltó de un puente, pero unos buenos samaritanos lo sacaron rápidamente del frío canal de la ciudad y lo hicieron entrar en razón. Más aún: intentó apuñalarse con una daga, pero la impotencia le paralizó la mano, obligándole a soltar el arma en otro suicidio fallido. Entonces decidió lanzarse bajo un tren, pero éste se descarriló poco antes de llegar y milagrosamente evitó un encuentro con Suertudo. Para colmo, se subió al techo de un edificio con la firme intención de saltar

y estrellarse contra el pavimento. Parecía que ahora lo había previsto todo, y que ninguna casualidad podría salvarle la vida; pero lo que no podía prever era el momento exacto antes del aterrizaje fatal: se despertó repentinamente en su cama, como si se tratara de un sueño ordinario. Y así, una y otra vez, algo impedía que sus trágicos planes se hicieran realidad.

Al darse cuenta de que, de hecho, era incapaz de suicidarse, se desesperó aún más, aunque antes le hubiera parecido que era prácticamente imposible. Sin saber adónde iba y por qué, Suertudo vagó por las calles, silbando una triste canción: las palabras se habían olvidado, era sólo una melodía, y por alguna razón, le recordaba al esqueleto amarillento de un hombre muerto, liberado de la carne que alguna vez estuvo podrida.

Por supuesto, podía vagar por las sombrías callejuelas, molestando a todo tipo de siniestros personajes, esperando ser apuñalado con el cuchillo de alguien. O pasar por burdeles, buscando contraer una infección terrible. O, por lo menos, pasarse a la morfina, al alcohol o al opio, poniéndose en una situación crítica. Pero sospechaba que estas ridículas aventuras no terminarían mejor que todas las otras tonterías anteriores.

Desde el exterior, podría parecer que el problema era artificial. De una forma u otra, se podía simplemente trasladar a un nuevo lugar, empezando de nuevo con un borrón y cuenta

nueva, haciendo nuevos conocidos, encontrando una esposa y un trabajo, abandonando el juego permanentemente o, al menos, interesándose sólo en juegos en los que el papel de la suerte fuera insignificante en comparación con la habilidad y el cálculo. Naturalmente, todo esto le vino a la mente muchas veces, pero cada vez que intentaba implementar el plan, se enfrentaba a las mismas dificultades que cuando intentaba quitarse la vida.

Cierta fuerza no sólo le impedía hacer lo que no le gustaba, sino que obligaba a Suertudo a comportarse a su antojo. Habiendo dado todo el dinero a los pobres y a las iglesias, seguía siendo un villano a la vista del público; simplemente, además de todos los otros adjetivos, ahora también era un arrogante y un hipócrita. Podía encontrar más dinero literalmente en la calle a la vuelta de la esquina en una taberna u otro local, donde todo volvía a suceder. Y de nuevo, una fuerza desconocida lo atraía hacia su interior, alejando los esfuerzos de su voluntad, como un poderoso arroyo arrastrando una patética paja. Y terminaba igual, como tras cualquier mudanza anterior, con una reputación defectuosa en un nuevo lugar y una depresión agravada.

En lo más profundo de sus amargos pensamientos, Suertudo se encontró ante un patio, el cual, como pudo atestiguar, no había visto antes en este lugar, aunque lo conociera como la palma de su mano. Por supuesto, existían rincones en la ciudad que estaban fuera del alcance de los extraños, pero este lugar no era uno de

ellos. De todos modos, el caminante no hizo conjeturas, sino que siguió adelante a donde sus pies lo llevaran.

Había una enorme fuente en medio del patio. Sin vida y gris, estaba seca y agrietada en algunos lugares; y junto a ella había un hombre barbudo (de alguna manera parecido, pensaba Suertudo, al Rey de Corazones de la baraja marcada de un estafador) con un organillo (en cierto modo parecido a un dado) que miraba a un cuervo, posado en lo alto de la fuente sin vida con aire de gran importancia. Una tímida luz brillaba detrás de las ventanas que daban al patio, y la nieve iluminada por una luna melancólica bailaba y caía, cubriendo el suelo. A la vista del hombre, el organillero giraba la manivela de su instrumento, animando el silencio de la noche con el sonido de una música sin pretensiones. El cuervo se lanzaba desde la fuente y aterrizaba sobre el hombro del intérprete con el primer sonido de la melodía.

“Llegas tarde, querido amigo. A esta hora, toda la gente buena está tumbada en su hogar, y no merodeando por los callejones. Tienes suerte de que nadie te haya apuñalado”, declaró inesperadamente el amo del pájaro, continuando con la rotación lenta de la manivela.

“Depende de cómo se mire”, dijo Suertudo con una triste sonrisa y una pizca de ironía.

Acercándose, Suertudo se detuvo frente al organillero, escuchando la melodía, y mirando al pájaro de reojo. El cuervo graznó. Suertudo tiró una moneda en la ranura para donaciones del organillo y miró por un instante la fuente. La gente suele tirar monedas a las fuentes de agua para tener buena suerte, lo que en su caso sería una malvada burla. ¿Tal vez, todo sería exactamente al revés con la fuente extinta? En cualquier caso, Suertudo nunca había oído hablar de tal creencia. Pero aún así, es poco probable que alguien más en este mundo tuviera una razón y un deseo de verificar la validez de esta suposición.

Sin embargo, Suertudo no tenía nada que perder. Al menos, haría algo que recordaría más tarde, mirando hacia atrás un día cualquiera. Despreocupadamente tiró la moneda a la fuente seca y aspiró como un flujo de vapor blanco. Estas son supersticiones vacías. Buena suerte y mala suerte son conceptos relativos de todas formas.

“Lugares como ese tienen su propio encanto”, dijo el organillero con voz aterciopelada y profunda. “Fuentes donde el agua ya no brota; estaciones donde ya no llegan los trenes; lechos de arcilla de los ríos secos, donde se conservan las viejas embarcaciones y se exponen los objetos ya hundidos; las ruinas de viejas casas, cubiertas de musgo y hiedra, donde diferentes cosas, como los pianos, han quedado atrás y ahora anidan pájaros en ellas; y así sucesivamente en la misma forma.”

“Tal vez. Probablemente”, coincidió el fracasado suicida. En términos generales, podía imaginar la extraña estética de la decadencia y la desolación (de la que, en opinión de Suertudo, hablaba el organillero). “He estado en esta ciudad durante bastante tiempo. Pero nunca te había visto antes. Y tampoco recuerdo esta fuente”.

“No es de extrañar”, coincidió el desconocido con comprensión. “Este lugar sólo lo encuentran los que no lo buscan a propósito. No sé qué te pasó, pero aparentemente, no te importaba adónde ir, no tienes propósito ni motivo”.

“Así resulta ser”, aceptó Suertudo una vez más. Ya nada podía sorprenderlo.

“Todo esto es muy extraño, por supuesto. Pero ya que estás aquí, creo que tienes tu propia historia, tan inusual como todas las demás. Tengo un ojo experto – he visto a mucha gente igual en mi vida,” el hombre barbudo detuvo su organillo y acarició al cuervo. “¡Vamos, vamos, dí ‘Nunca jamás!’ ¡Por favor, siéntete libre! ¿No quieres hacerlo? Oh vaya...”

Suertudo miró al organillero con otra mirada. Por alguna razón, este hombre le provocaba asociaciones con el personaje principal de una obra literaria, que se encontrara en la historia

equivocada por un ridículo accidente.

“¿Así que crees que puedo encontrar algunas respuestas a mis preguntas aquí?” Suertudo tomó un poco de nieve del borde de la fuente y se la frotó en las manos, sintiendo el agradable mordisco suave del frío.

“No puedo garantizar nada. Depende totalmente de ti. Nadie viene aquí a buscar respuestas. Simplemente vienen, cuando no hay otro lugar a donde ir, y no hay necesidad de ir. Y todos se van, habiendo recibido algo. O no. Tomando algunas ideas. O no tomando, sino matando más bien el tiempo, después de haber obtenido alguna vivencia agradable. Sólo encontraras un reflejo de ti mismo en las cosas y en la comprensión de las cosas, y esto puede ayudarte en tus problemas, sean cuales sean. Bueno, tal vez no. Es una de las dos cosas. O quizás más de dos”, aseguró indiferente el amo del cuervo. “A veces las lecciones que aprendemos son fundamentalmente diferentes de las que alguien está tratando de enseñarnos. Tal vez decidas algo importante para ti. O tal vez no lo harás. Tal vez tu inspiración despierte y encuentres un nuevo incentivo para vivir. O tal vez no habrá inspiración, ni incentivos. A veces, incluso la información, que parece insensata o inútil por su naturaleza, nos da ideas interesantes. No puedes negar el conocimiento fortuito”.

“Todo suena bien”, respondió Suertudo con la misma calma.

Teniendo la experiencia de su inusual vida con una fortuna desgraciada y una rica experiencia como la de un asesino en serie, no le sorprendió la existencia de lugares, objetos y personas inusuales. “Hablando francamente, me interesa. No tenía ningún plan especial para esta noche de todos modos, ni para el futuro cercano. Pero, ¿quién eres tú?”

“El organillero”, contestó el barbudo como si fuera obvio. “Y mi nombre es Joe Ker.”

“¿Y qué has encontrado aquí para ti, Joe Ker?” continuó el caminante, con la esperanza de sacar más provecho de su interlocutor. “¿Alguien te ha encargado que te quedes aquí y hables con los viajeros perdidos?”

“No, nadie me forzó u obligó a hacer nada. Una vez que accidentalmente vagué por aquí como tú, me gustó este lugar y decidí quedarme. Pero no pienses que podrás escapar de tus problemas y permanecer aquí, esperando soluciones de mí o de alguien más. No, sólo puedes intentar resolverlos tú mismo. Por supuesto, si así lo deseas. Incluso puedes dar la vuelta y marcharte, pero ten en cuenta que una persona puede entrar una segunda vez en este lugar en muy pocos casos: llega por primera vez sin tal objetivo e intención, pero no puede volver aquí por deseo propio. Tuve mis propias preguntas y creo que encontré las respuestas. Ahora estoy haciendo algo que me interesa y estoy

donde quiero estar. Me gusta estar aquí”, el barbudo abofeteó al cuervo, y éste se apresuró a graznar: "¡Nunca jamás! ¡Nunca jamás, nunca jamás!”.

“Pero, ¿quién creó este lugar y con qué propósito? ¿Por qué los caminantes terminan aquí?” interrogó Suertudo.

“...‘Quién’... ‘Con qué propósito’... ‘Por qué’... Por Dios, qué aburrido eres. Bueno, está bien, no eres aburrido, eres una persona curiosa. Sí, por supuesto, las preguntas correctas no sólo son posibles, sino también necesarias. Otra cosa es que a veces es agotador responder a las mismas preguntas por décima vez. Bueno, vamos, si quieres”, el organillero barbudo se dio la vuelta y se dirigió a la puerta de una de las casas, invitando a Suertudo a que lo siguiera.

La puerta se abrió con un crujido e inundó la plaza invernal y nocturna con un torrente de brillantes rayos del cálido sol del verano. Detrás de él, rodeados por un florecido camino en el bosque, había raíles de tranvía que conducían a algún lugar lejano, y sobre ellos había un gigantesco árbol-mueble, con grandes y pequeños carteles de señalización de carretera floreciendo en las ramas, y había también un acogedor cenador sobre ruedas. En su interior había un par de sillones hambrientos que invitaban a sentarse en sus fauces abiertas, una mesa de mimbre de cinco patas, sobre la que, en un gran cuenco, había

un pequeño estanque con nenúfares, junto al cual había copas de porcelana llenas de tacones y un telescopio, todo lo cual le parecía un poco extraño e inapropiado a Suertudo.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «Литрес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на Литрес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.